

**UNA RELACION DE LAS ISLAS MARIANAS**

**AÑO DE 1722**

## NOTA

Nada mejor en esta ocasión que hacer mérito, a guisa de prólogo, de un libro rarísimo impreso en México el año de 1669 por Francisco Rodríguez Lupercio, titulado "Memorial que el P. Diego Luis de Sanvítores, religioso de la Compañía de Jesús, Rector de las Islas Marianas, remitió a la Congregación del glorioso apóstol de las Indias San Francisco Javier, de la ciudad de México, pidiéndole ayuda y socorro para la fundación de la misión de las dichas islas, dedicado al Excelentísimo Sr. don Antonio Sebastián de Toledo, Molina y Salazar, Marqués de Mancera, virrey de esta Nueva España, etc., como protector de dicha Congregación debajo de cuyo amparo está".

No solamente en dicho memorial el apóstol de las islas de los Ladrones, llamadas después Marianas, describe la situación en que éstas se encuentran, los primeros intentos de colonización y los trabajos sufridos en su conversión a la fe católica, sino que tiene la atingencia de aumentar el interés de su trabajo con una "Noticia de varias islas y tierras que confinan con la cordillera de los Ladrones", una "Relación del viaje del adelantado Don Alvaro de Mendaña de Neyra al descubrimiento de las islas de Salomón" escrita por Don Pedro Fernández de Quiroz al Dr. Don Antonio de Morga, teniente que fué de las Islas Filipinas, así como también la "Relación de un Memorial que presentó a su Magestad el capitán Pedro Fernández de Quiroz, sobre la población y descubrimiento de la cuarta parte del mundo, Australia incógnita, su gran riqueza y gran fertilidad, descubierta por el mismo capitán", y cuya primera impresión tuvo lugar en Sevilla el año de 1610.

Muy a propósito para desvanecer el socorrido error de que los ingleses fueron los autores del descubrimiento y primera colonización de Australia, transcribiremos el párrafo séptimo del Memorial de Fernández de Quiroz:

“Estas son señor las grandezas y bondad de las tierras que descubrí de las cuales tomé la posesión de V. M. debajo de vuestro estandarte real, y así lo dicen los actos que aquí tengo: allí, señor, lo primero, se levantó una cruz y se armó la iglesia de Ntra. Sra de Loreto, se dijeron veinte misas, se ganó el jubileo concedido el día de Pentecostés, y se hizo una solemne procesión el día de Corpus Christi: en suma el Santísimo Sacramento, siendo su guión el estandarte de V. M., paseó y honró aquellas ocultas tierras, adonde anarbolé tres banderas de campo, y en las de todas mostré las dos columnas al lado de vuestras Armas Reales, con que puedo decir con razón, en lo que es parte, aquí se ha acabado Plus Ultra, y en lo que es continente, más adelante y atrás. Y todo esto y lo demás, ha sido como leal vasallo de V. M. y para que V. M. pueda añadir luego, porque suena esta grandeza, el título de la Australia del Espíritu Santo, para más gloria del mismo señor que me llevó y me la mostró y me trajo a la presencia de V. M., a donde estoy con la misma voluntad que siempre tuve a esta causa que crió, y por su alteza la quiero y la amo infinito.”

La relación anónima que ahora publicamos, pertenece al fondo titulado Historia, Jesuitas, y obra en las fojas 413 a 422 del volumen 308. Fué conocida del P. Francisco Xavier Alegre, y ha sido publicada en las Cartas edificantes y curiosas, editadas por el P. Lavín en el siglo dieciocho.

F. G. de C.

El Venerable Mártir y Glorioso Apóstol de las Islas Marianas Padre Diego Luis de Sanvitores, solía decir que estas islas serían algún día la escala para la conversión de otras innumerables de la Austral incógnita, y como quiera que de esta isla de Guahan se han hecho por sus gobernadores en varios tiempos diferentes despachos para el descubrimiento de las Islas Carolinas inmediatas a estas Marianas y principio de las Australes y siempre se ha frustrado el intento, dijo aquel varón apostólico, insigne obreiro de esta misión, el padre Gerardo Bovuens (el cual se había mucho empeñado en este descubrimiento) que en estando madura la mies vendrían a Marianas los mismos carolinos a buscar segadores y guiarlos a donde no habían sabido llegar nuestras diligencias. Ya parece que la Divina Misericordia apiadada de tantas almas que viven entre las sombras de la gentilidad se hizo cargo de cumplir estos felices pronósticos para introducir la hoz evangélica en el campo tan dilatado de esa austral incógnita, como de la relación presente se colegirá.

El día 19 de junio de 1721 entró en un seno despoblado de esta isla de Guahan a la banda del Leste llamado Farofoto una embarcación extranjera de hechura semejante a las de Marianas pero de tamaño tan abultado que viéndola de lejos un soldado español venir a la vela la equivocó con una fragata. Venían 24 personas, once hombres, siete mujeres y seis niños, saltaron en tierra, aunque con algún recelo los hombres, y trepando arriba de las palmas proveyeron a toda la comitiva de bastantes cocos para refrescar con su dulce bebida los ardores de una larga sed. Un indio mariano que en esa costa iba pescando, así que los vió fué a dar la nueva al padre Felipe María Muscati, venerable provincial de la misión y residente a la sazón en

el pueblo cercano de Inarahan, quien despachó luego al gobernadorcillo del pueblo con algunas bancas para guiar a aquellos pobres desgarrados que ignoraban en qué mundo, y con qué gente se hallasen y traerlos al puerto. Traía el gobernadorcillo un machete a la cintura, cuando los huéspedes vieron aquella arma se dieron todos por muertos, y comenzaron las mujeres un lastimoso llanto. Por esta razón no querían saltar en tierra cuando llegaron al pueblo, imaginándose que ahí los aguardaría su última desdicha. Los indios marianos los iban animando a no temer, y finalmente uno de las huéspedes más intrépido así que vió al padre venerable provincial que en la orilla los esperaba, dijo a los suyos no sé qué palabras y saltó luego en tierra corriendo a ofrecer al padre algunas de las pobres alhajas de su país, y eran una ruedecilla de carey a modo de tumbaga que ellos traen por gala en los brazos, y un terrón como pastilla de color amarillo algo encarnado con que se pintan el cuerpo. Su Reverencia le abrazó y con señas de afable cariño convidó a todos a saltar en tierra y fiarse de nuestro buen trato. Entretanto les mandó disponer abundante comida y ellos por estas muestras de humanidad se entregaron con alguna esperanza de hallar hospedaje menos inhumano que el que poco antes imaginaba su temor. Detúvolos el padre, venerable provincial en Inarahan por algunos días con todo el agasajo posible y les mandó hacer vestido a todos para que pudiesen parecer con mayor decencia y despachó aviso de esta novedad al señor gobernador de estas islas.

La embarcación de estos desgarrados traía por vela un tejido fino de hoja de palma, la popa y la proa de igual forma y talle, esto es altas y agudas, y por remate de ambas un remedo de la cola de un delfín. A cada embarcación le dan su nombre propio, ésta se llama Ruelep, tenía cuatro camarotes para conveniencia de los pasajeros, el uno a proa, el otro a popa, sobre las obras muertas los otros dos a los lados del palo de la vela, y fuera de los costados formando como dos alas a la embarcación. Estos camarotes tienen su

techo levadizo de hoja de palma, muy parecido en su hechura al dosel o cielo de la carroza que defiende del sol y del agua. Dentro del casco hay varios buques así para bastimento como para carga, y en toda esta fábrica no hay un clavo, supliéndose la falta de la clavazón con unos cordeles con los cuales cosen las tablas del casco y amarran las obras muertas.

El día siguiente (20 de junio) arribó otra embarcación extranjera a la punta de Orote (que está al Oeste de Guahan) del tamaño y hechura de las bancas ordinarias de Marianas, pero tenía dos camarotes fuera de los costados como la otra, aunque más pequeños a proporción del casco. Venían en ella cuatro hombres, una mujer y un niño, a los cuales mandó dar vestido el señor gobernador don Luis Antonio Sánchez de Tagle, quien dió orden fuesen traídos a su presencia en la Villa de Umatag, los de una y otra embarcación para confrontarlos y saber si eran de una misma nación. Cuando llegaron a verse unos a otros prorrumpieron en señas de grande alegría y se dieron mutuamente ósculos y abrazos, porque como después se supo habían salido de compañía estas dos embarcaciones con otras cuatro de Farroilep para Ulié (dos de sus islas) y en la travesía cogidos de un recio vendaval se fueron desgarritando por diferentes rumbos sin saber a dónde la Divina Providencia con tan inopinado accidente los llevaba, y así (según ellos dicen) anduvieron arando el mar veinte días, ya por un rumbo, ya por otro hasta que llegaron a Guahan las dos barcas con diferencia de un día sin saber lo que sucedería a las otras cuatro de su convoy. En todo ese tiempo se sustentaron lo más con coco que traían en abundancia y con algunos peces que cogían de camino con unas físgas pequeñas armadas al propósito en las puntas con unas espinas de pescado. Llegaron tan debilitados así por el trabajo de la navegación como por la falta de bastimento especialmente de agua que, además de traer algunos las manos desolladas del remo con que debieron hacer fuerza contra las corrientes enfermaron casi todos y

un mozo muy robusto murió instruído como mejor se pudo en los principales misterios de nuestra santa fe y bautizado en el artículo de la muerte.

El traje con que saltaron en tierra y que usan también en sus islas es éste: Los varones traen una manta que da vuelta en la cintura y entre los muslos y cubre lo anterior y posterior del cuerpo, los principales entre ellos a los cuales llaman Tamoles, además de eso como faja traen una capa a modo de casulla, que por delante y por detrás les cae hasta la rodilla. Las mujeres fuera de paño con el cual se ciñen como los varones, se envuelven por mayor modestia en otra manta suelta, la cual alcanza en forma de saya desde la cintura hasta media pierna, se ha reparado en esta gente un singular cuidado de no descubrir enteramente su cuerpo, pues ni aun cuando van a bañarse se quitan el paño interior de la modestia. Los nobles tienen hermosamente pintado todo el cuerpo, menos el rostro, con buena proporción de labores, en la ternilla inferior de ambas orejas tienen comunmente un agujero grande, en el cual cuelgan alguna flor o hierba aromática, y algunos muestran también taladradas las orejas en las ternillas de arriba donde ataban ensartadas cuentas de coco o de vidrio que aquí habían recogido de los padres y de otras personas. Son de buen talle, altos, y bien fornidos, los más de pelo crespo, nariz gruesa, ojos grandes y muy perspicaces y bastante poblada su barba, el color es vario, en unos como de indios puros, en otros como de mestizos de india y español y uno en particular el más atesado parece hijo de negro y de india. Sobre el cómo y de dónde les vendría tanta mezcla de sangre y variedad de colores, daré en el párrafo cuarto alguna conjetura.

De la Villa de Umatag los mandó traer el señor gobernador el día 28 de junio a la ciudad de San Ignacio de Agaña (que es nuestra cabecera y el asiento fijo de los señores gobernadores y de la Real Milicia Española) donde después convallecido de sus enfermedades corporales, beneficio

que debieron después de Dios a la caritativa asistencia de nuestro hermano Jaime Chavarrí, médico y boticario de singular pericia experiencia y acierto y de caridad incansable, aplicaron luego al punto los padres de la Compañía el cuidado a la cura de sus almas comenzando a tratarles de los principales misterios de Nuestra Santa Fe. La total falta de intérprete dificultaba sobremanera el buen intento de los padres, siendo el idioma de estos huéspedes totalmente incógnito, pero hallándome yo venerable rector del Colegio de San Ignacio, y hospedando a cuatro de ellos en dicho colegio para poderlos comunicar más a menudo, con esa comunicación doméstica conseguí en menos de dos meses noticia bastante de términos para traducir, como lo hice, en el idioma de esos gentiles la señal de la santa cruz, las oraciones del Padre Nuestro, Ave María, símbolo y mandamientos y para formar un catecismo breve, el cual se lo iba explicando en la iglesia a donde venían algunas veces para aprender la doctrina cristiana, en parte cantándola y en parte rezándola guiándoles yo mismo así en el rezo como en el canto, y al fin de la doctrina los solía regalar con almuerzo o comida para atraerlos con este cebo más fácilmente a la iglesia y al conocimiento del verdadero bien que se les descubría en los misterios de la Fe Cristiana.

En la solemnidad de los gloriosos apóstoles San Pedro y San Pablo principales columnas de la iglesia, dispuso Dios Nuestro Señor por feliz horóscopo de la espiritual fábrica de esta cristiandad el que se echase su primera piedra en un niño carolino de cuatro años, poco más o menos, al cual trajeron muy enfermo entre los brazos a la iglesia unos devotos españoles para que no muriera sin la gracia del santo Bautismo, mientras yo estaba actualmente administrando el mismo sacramento a otro niño natural de este partido de Agadña. Holguéme muy mucho de ofrecer al Señor esas primicias y le bauticé con los nombres de Pedro Pablo, el niño a pocos días convaleció, y obrando en él con especial genio la Divina Gracia aprendió antes

que todos los demás la doctrina cristiana y la cortesía española con admirable prontitud y donaire. A 29 de septiembre, fiesta del príncipe de las jerarquías celestes San Miguel se alistaron en el coro de los ángeles terrestres otros cuatro niños carolinos, todos de la misma edad de cuatro en cinco años, los cuales con ascenso y con gusto de sus padres gentiles se bautizaron solemnemente en la iglesia de esta ciudad con lucido concurso y común regocijo. Se escogió para esta función la fiesta del Príncipe de los Arcángeles por el derecho especial que ya tenía al patrocinio de estos huéspedes cuyo archipiélago desde el año de 1712, fué con solemnidad dedicado a los santos arcángeles por el padre Felipe Bernardo Messía, capellán del Patache Santo Domingo, cuando su capitán y cabo don Bernardo de Egui en el tornaviaje de Marianas navegó al Sur en demanda de las Islas Australes, de las cuales descubrió muchas, como en su relación y derrotero se ve, pero no llegó a la cordillera de las de estos desgarrados, la cual está al Sursueste de Guahan. Los padres de estos niños que bautizamos en caso que volviesen sin la compañía de algún ministro evangélico a sus tierras estaban prontos a dejarlos en Marianas al cuidado de los padres misioneros, con esto quedó preocupado el peligro de que allá los criasen en su infidelidad.

Oyendo estos gentiles adultos la necesidad del bautismo para entrar en el cielo y evitar las eternas y gravísimas penas del infierno, vinieron a pedírmelo varias veces, diciendo que querían ser cristianos; sin embargo habiendo ellos de volverse a sus tierras donde era moralmente cierta su perversión viviendo sin ministro entre infieles como ovejas sin pastor entre lobos, se juzgó por ahora no se debían admitir a este sagrado baño. Corría el cuarto mes de su arribada, en cuyo ínterin habían ido juntando clavos azuelas, bolos y otros pedazos de hierro precioso blanco de su mayor codicia que por algún tiempo les hizo parecer feliz su desgracia, pero ya el deseo de llevar a sus tierras aquel tesoro y el amor a sus hijos y a sus muje-

res que allá habían dejado los solicitaba con grandes impaciencias a la vuelta. Había dicho el señor gobernador que por el mes de octubre despacharía a algunos de ellos para que fuesen a dar la nueva a sus islas, y convidasen a sus moradores con la esperanza del hierro a entablar comercio con estas Marianas deteniendo en el ínterin en rehenes hasta su vuelta algunos principales de sus compañeros; con esta suposición yo también solicitaba del padre venerable provincial la licencia de irme con ellos a registrar sus islas, su número, sus distancias, sus grados de altura y observar las costumbres de sus naturales, tentar sus ánimos y ver su disposición a recibir la doctrina evangélica, bautizando solamente en estos principios a los que hallase en peligro de muerte. Para el viaje me ofrecía el señor gobernador una campana nueva y daba licencia a los españoles y felipinos que quisiesen espontáneamente acompañarme en esta empresa. Varias personas de toda satisfacción me habían rogado ya para que los llevase en mi compañía escribí pues algunas cartas al padre venerable provincial suplicándole me diese su bendición, lo único que me faltaba, y no condescendiendo su reverencia a mis instancias fuí el día 13 de octubre del mismo año, 1721 a Inarahan en compañía del padre Felipe María Turnari, que llevaba el mismo deseo para que me yudara en abogar la causa de estas almas desamparadas ante la piedad y celo de su reverencia, representéle en un mapa la corta distancia que pasa entre Guahan y esas Islas Australes, la facilidad de la ida y vuelta, mucho más ahora con la gufa de sus propios moradores, la seguridad de los ministros evangélicos, así por ser aquellos isleños muy enemigos de derramar sangre humana como por estar en Guahan rehenes muy principales de su nación; le ponderaba los motivos de no dilatar la empresa, pero nada valió para expugnar el ánimo del padre superior; el cual recelaba no fuese aprobada esta expedición en Manila. Volvíme resignado en la santa obediencia a Agaña, donde los huéspedes instaban por su partida, ya los varones con su tamol, ya las muje-

res con su principal señora, se presentaron ante el señor gobernador y más con las lágrimas que con las voces le suplicaron se sirviese otorgarles la licencia de irse a sus tierras diciendo que ni comían, ni dormían por el deseo de volver a su patria, y que en breve se morirían si los detenía más largamente. En ambas ocasiones yo me hallé presente y les serví de intérprete. El señor gobernador que había mudado de designio les iba dando largas hasta entrado el invierno cuando se cierra la navegación, siendo su idea (según decía) aguardar a la primavera para hacer entonces un despacho en forma con mayores prevenciones y con todo empeño.

A los cinco meses de su arribada una de las siete mujeres casadas tuvo la dicha de dar a luz un hijo en esta ciudad de San Ignacio, y habiéndolo su padre ofrecido al santo bautismo, logró el niño su mayor fortuna de renacer a la mejor vida de la gracia, el día 30 de noviembre dedicado al apóstol San Andrés, sacándole de la pila el señor gobernador con el nombre de Luis Felipe. En este interin con el trato y comunicación de los huéspedes conseguí las noticias que iré apuntando en los párrafos siguientes.

#### Párrafo 2º

##### Número y situación de sus islas.

Advierto primero, que en la graduación de las islas habré sin duda cometido algún yerro porque la hice por los informes verbales de los mismos indios; sin embargo creo que el yerro no será notable porque no contento de haberles hecho formar a los más peritos entre ellos la planta de sus tierras con granos de maíz los he ido preguntando con mucha individuación repetidas veces, por cual rumbo de su aguja náutica que tiene doce vientos se navega de una isla a otra, y cuánto tiempo de ordinario se gasta en su travesía, atendiendo también a que sus embarcaciones

no son tan ligeras como las de Marianas. Supuesta esta advertencia casi todas las islas de las cuales supieron dar noticia estos indios, están entre 6 y 11 grados de latitud boreal y corren por treinta grados de longitud al Leste del cabo de Espíritu Santo. Se dividen todas en cinco cordilleras, como en otras tantas provincias, y en cada cordillera se habla diferente idioma, aunque todos estos idiomas deben ser hijos de una sola lengua matriz, arábica o hebrea porque los califica de hermanos la mucha semejanza; advierto lo segundo, que hablando de leguas entiendo siempre leguas españolas de a tres millas italianas. La primera provincia al Leste se llama Cutac, cuya isla principal y cabecera es Huogoleú, o por otro nombre Torres, tierra mucho más alta y dilatada que está de Guahan, sus moradores son negros, mulatos y blancos. Está en nueve grados y veinte minutos poco más, o menos de latitud boreal, y unos trece grados al Leste de Guahan. Su régulo presente se llama Fahulucapit, debajo de cuyo mando están otras muchísimas islas que corren desde el Nordeste hasta el Oeste, y desde el Sueste hasta el Sudoeste, unas grandes otras pequeñas, las más pobladísimas y con cortas distancias de una a otra como de 8, 15 o 30 leguas, las que se extienden desde el Nordeste hasta el Oeste se llaman Ettel, Ruó, Pis, Lamocl, Falálu, Pischilers, Ulalú, Uloul, Pullep, Lugueischel o Puluot, Temetén, Schove. Las que corren del Sueste al Sudueste, son Cuop, Tairue, Scheug, Capeugeup, Toup, Peule, Pata y otras innumerables más pequeñas. Esta provincia o cordillera se extiende desde su cabecera para el Oeste más de cien leguas, y casi otro tanto de Norte a Sur.

La segunda provincia o cordillera comienza unos cuatro grados y medio al Leste del meridiano de Guahan, y tiene de longitud al Oeste más de cinco grados. Sus islas de algún nombre son 26 y entre ellas 14 pobladas, y casi todas entre 8 y 9 grados de latitud boreal sus nombres son los siguientes: Uleé, La Murréc, Seteoel Ifelué, Peliao, Rauz, Eorupue, Falalis, Oottagáu, Falulmeloc, Fermet, Fa-

ralies, Algrail, Fajahulep, Mariaon, Uleur, Foas, Puc, Felait, Elato, Olutel Olimarau, Taheu, Farroilep, esta postre-  
ra isla es la tan decantada Carolina, marcada y dibujada con  
sus dos isletas colaterales Ett y Pic, por el piloto acompañado  
del Patache Concepción, Juan Rodríguez Vallije el año de  
1696 estando barazados sobre el bajo Santa Rosa, de don-  
de vieron al mismo tiempo esta isla de Guahan y a la di-  
cha de Farroilep, la cual está al Sursueste de ésta en dis-  
tancia de 45 leguas poco más o menos y en once grados de  
latitud boreal con poca diferencia todos estos desgarrados  
son naturales de esta cordillera, y los más son de Uleé y de  
Farroilep. Esta provincia está como dividida entre dos  
regulos el de Uleé, que se llama Gofalu y el de Lamurrec,  
que se llama Mautusóm.

La tercera provincia comienza dos grados al Oeste del  
meridiano de Guahan con la isla Feis, en diez grados y al-  
gunos minutos de latitud y tendrá de bojeo unas seis le-  
guas pobladas y fértil. Su señor se llama Meirang. Casi un  
grado al Oeste de ésta están las islas que mareó el capitán  
don Bernardo Egui, el año de 1712, en diez grados de la  
misma latitud boreal y tres de longitud al Oeste de Gua-  
han. Este es un agregado de más de 40 isletas que forman  
una O, o romboide, que corre de Nordeste, Sudueste y tie-  
ne de largo unas 25 leguas y 15 de ancho. Las principales  
son 24 cuyos nombres son estos: Falalep, Ohieseur, Saga-  
leu, Mogmog, Morurrul, Petangaras, Elil, Lam, Froilem,  
Soon, Piguileilei, Eavoe, Fatarai, Laddó, Faitabun, Fallai-  
mel, Peguelup, Pig, Evoe, Pulobul, Lusiep, Eaur, Guielop,  
Meaengang. De todas estas islas sólo 9 son pobladas la  
más grande es Falalep, de 5 6 6 leguas de bojeo, pero el se-  
ñor de todas reside en Mogmog y se llama Caschaitel, cuan-  
do las embarcaciones que navegan por este golfo llegan en  
vista de Mogmog arrían la vela en obsequio del régulo que  
allí reside. A esta provincia pertenece también otra isleta  
poblada y apartada de la cordillera unas 15 leguas así al  
Sueste y se llama Zaráol, todo este conjunto de islas tie-  
ne dos nombres los isleños que están al Leste de esta cor-

dillera la llaman Lumululutu, los que están al Oeste la llaman Egoy. Abunda en ella el bastimento con que se sustentan sus naturales que es coco, pescado y seis o siete especies de raíces como las de Marianas.

La Cuarta provincia está al Oeste de la tercera en distancia de unas 30 leguas. Su isla principal es Yap alta y tendida que tendrá de bojeo más de 40 leguas, tierra muy poblada y abundante de bastimento. Entre las demás raíces que les sirven de pan, hay también camotes, cuya semilla consiguieron en el modo que diré según lo cuenta un indio natural de esta isla llamado Caial que es uno de estos desgarritados. Dice que siendo él niño (tendrá ahora poco más de 25 años) tres hermanos suyos con su padre que se llamaba Coorr, muy noble y principal en su tierra se desgarraron a Bisayas, provincia de Filipinas, donde los acogió un padre de la Compañía de Jesús, y los agasajó mucho con varios géneros de ropa y pedazos de hierro, que sobre todo estimaron y después de haber ellos aderezado su embarcación se volvieron a su tierra llevando algunas semillas y entre ellas algunos camotes, los cuales comenzaron a propagarse en Yap, y de allí pasaron a otras islas de este archipiélago. Los de Yap benefician un género de pastilla olorosa de dos colores amarillo y encarnado muy estimada de todos estos isleños, los cuales en días de gala se pintan todo el cuerpo con ella. El dicho indio Cayal, también dice aunque las circunstancias hacen poco creíble su dicho que en su isla hay minas de plata, pero es poco lo que sacan de ellas, así por la falta de los instrumentos de hierro, como por no saber su beneficio, y que si hallan alguna piedra de plata virgen la labran en redondo como una rueda y la presentan al señor de la isla, en cuya casa sirven por grandeza esas piedras de asientos. El dicho señor que hoy día reina en Yap se llama Teguir. Al Suroeste de esta isla en distancia de 6 ó 8 leguas están tres isletas que forman triángulo, cuyos nombres son Ngoli, Laddó, Petangarás, nótese que estas dos postreras isletas son distintas de

las otras dos del mismo nombre apuntadas arriba entre las de Egoí.

La quinta provincia o cordillera está al Sursudueste de Yap, y comienza en distancia de unas 45 leguas, se compone ésta de las islas que propiamente se llaman de las Palaos, y estos desgarrados llaman a toda esta cordillera Panleu. Corren dichas islas casi Norte, Sur, desde 8 grados hasta 6 de latitud boreal y 8 grados al Oeste del meridiano de Guahan. El indio Caial, natural de Yap, dijo que eran muchísimas esas islas y entre ellas nombró siete más principales situadas de Norte a Sur con el orden siguiente: Pelilieu, Coeangal, Fagileteu, Cogéal, Jalap, Mogulibel, Ngarrol, y que el rey de todas se llama Jaray, y tiene su corte en Jalap. De estas islas y de sus moradores no pude adquirir otras noticias sino en general que son muy pobladas de gente bárbara, que anda totalmente desnuda y que comen carne humana, y por eso dicen estos indios carolinios que los aborrecen muchísimo, como a enemigos del género humano y no aportan a esas islas de Panleu, sino forzados de algún temporal por temor de que los maten. Todo lo cual concuerda con lo que escribió el padre Felipe Bernardo Mesia arriba citado, a cuya relación me remito.

Al Sudoeste de la última de estas islas en distancia de unas 25 leguas están las dos isletas de San Andrés, llamadas de sus naturales la una Sonrrol, la otra Cadocopuei en 5 grados y pocos minutos de latitud. Sonrrol es la isla donde quedaron los dos padres de la Compañía Jacobo Duberon y José Cortil, con otras catorce personas y entre ellas el indio Moaé, que iba de intérprete con su mujer y dos hijos al principio de diciembre de 1710 años, según refiere en su carta escrita a Manila el hermano Esteban Baudin, el cual aunque iba de compañero de dichos padres no pudo saltar en tierra y arribó con el patache Santísima Trinidad a la costa de Caraga, en 3 de enero de 1711. He preguntado y fiscalizado con todo el disimulo posible a estos indios por ver si tenía alguna noticia de esos padres o de sus compa-

ñeros o del indio Moaé, pero no supieron dar ninguna razón de ellos, sólo si oyéndonos nombrar a Moaé, algunos de estos indios sus comarcanos de Uleé se alegraron y me preguntaron si vivía y dónde, porque decían que se había desaparecido muchos años ha en la mar y que le habían ido buscando por varias islas, y no hallándole juzgaron hubiese perecido, pues nunca tuvieron noticia de que dicho Moaé hubiese llegado a Sonrrol, con la cual isla no tienen comunicación alguna por su mucha distancia que reputo como de unas 200 leguas.

Al Leste de todas las islas arriba nombradas dicen que hay otras muchas, y entre ellas una muy grande llamada Falupeí, cuyos moradores adoran por su numen al tiburón, la cual noticia la tuvieron por medio de una embarcación desgarrada, ni saben dar razón más individual del número y calidad de aquellas tierras y de sus habitantes sino que hay muchos negros, y que son de costumbres muy bárbaras.

### Párrafo 3º

#### Religión y vanas creencias de estos isleños.

No hay por ventura en el mundo nación más digna de lástima que ésta, por tan dispuesta a entrar en el camino de la salud, y por tan falta de quien se le muestre. Viven estos isleños en una total ignorancia de Dios y de sus atributos, sin letras, sin religión, sin doctrina, más dispuestos a recibir la verdad de la doctrina católica, por ese mismo que no tienen el ánimo preocupado de las mentiras de otra secta. Preguntados pues quién hizo el cielo y la tierra y todas las demás cosas, responden que no lo saben. Sólo reconocen algunos espíritus buenos y otros malos, pero a modo de las fábulas de la griega gentilidad, y a los espíritus buenos les conceden atributos que desdicen en puros hombres, por no saber prescindir de las miserias de la carne.

Unos les dan cuerpo como a los hombres y les señalan dos o tres mujeres, aunque los llaman a éstos gente celeste, y de otra especie que la terrena. Otros los imaginan puros espíritus, aunque no los eximen de las pasiones corpóreas y flaquezas carnales; según la tradición de sus padres dicen que los personajes celestes más antiguos fueron Sabucur e Halmelul, varón el primero y la segunda hembra, tuvieron éstos un hijo y una hija Eluilep y Ligobuúb, Elbilep significa espíritu grande; casóse éste, Vel, éste se casó con Leteuhicul, doncella de Uleé, la cual habiendo muerto moza dicen que su alma pasó a las celestes bodas de aquella Dignidad, tuvo Eluilep un hijo cuyo nombre es Dugueileng, que quiere decir en medio del cielo, pues le veneran a éste por el señor grande y natural heredero del cielo. Hallándose Eluilep con un solo fruto de su Halanco adoptó por hijo a Reschahuileng, mozo de bellas prendas y natural de Lamurrec, cuya alma dicen fué al cielo a gozar de las delicias de su padre adoptivo. Tagoj, madre de Reschahuileng, calificada embustera que aun vive hoy día muy decrepita en Lamurrec, debió de inventar esta fábula para hacerse estimar de sus comarcanos muy crédulos y añadió cuerpo a la fábula, diciendo que su hijo había bajado del cielo a la esfera del aire para hablarla y comunicarla varios misterios celestes.

Ligobououb hermana de Eluilep, quedó preñada del aire y vino a parir en tierra sobre la playa tres hijos, dos varones Copourelieleel y Erigirigers y una hembra Ouboub. Copourelieleel viendo la tierra que era un puro arenal sin hermosura como al principio de su creación la describe el sagrado cronista Terra autem erat inanis et vacua. Gen 1. Con su voz toda poderosa la vistió con la verde y matizada alfombra de hierbas y flores la enriqueció de plantas fructíferas y la pobló de vivientes racionales, casándose con su hermana Ouboub. En esos principios los hombres no conocían la muerte sino como un breve sueño. Morían al postrer día de la luna menguante, cuando aquel planeta en su pcaseo elítico se pierde de vista y al tercer día segundo de

la creciente cuando en su oriente elítico vuelve a mostrarse la luna con un delgado semicírculo volvían los muertos a la vida como quien despierta de un tranquilo sueño. Erigirigers, hombre de malas intenciones y que hacía mal propio el bien ajeno urdió a los hombres un tal género de muerte, que una vez difuntos no pudiesen voiver a cobrar el vital aliento. A este Erigirigers le llaman Elus melabut, que quiere decir espíritu malo o maléfico porque introdujo en el mundo la muerte a distinción de los otros a los cuales llaman Elus melafirs, que quiere decir espíritu bueno y benéfico, entre otros espíritus malos cuentan de un cierto Morregrog, el cual por ladrón y descomedido fué arrojado del cielo y trajo en esa ocasión el beneficio del fuego a la tierra, que carecía de él, fábula que corresponde a la de Prometeo.

Lugueileng, hijo de Eluilep tuvo dos mujeres la una celeste de la cual le nacieron dos hijos, Carrer, Meliliau, la otra terrena y natural de la isla de Falalu de la provincia de Huogoleic. De esta mujer tuvo un hijo llamado Julefat, el cual llegando a saber que su padre era un tal personaje celeste encendido en deseo de verle emprendió cual atrevido Icaro el vuelo hacia el cielo pero en las alturas halló el precipicio; cayó lloró su desdicha, mas no desistió de su intento, hizo un gran fuego y sobre las alas del humo logró llegar al aspirado abrazo de su celeste padre. En dicha isla Falalu hay una pequeña laguna de agua dulce a modo de estanque a donde (dicen) bajan a bañarse los dioses, motivo de que ninguno de aquellos isleños pueda acercarse a tal paraje so pena de incurrir la indignación de las mismas divinidades como incurrió en la indignación de Diana el antiguo Acteon por haberla visto en el baño. Finalmente al sol, a la luna y a las estrellas les dan alma racional creyendo ser aquél un pueblo lúcido de personajes celestes, fabulosas reliquias de la poesía de Homero y del error de Orígenes.

En estas fábulas no deben de tener mucha fe porque

para el reconocimiento de todas esas divinidades no tienen culto alguno intrínseco, ni templo, ni ídolo, ni sacrificio, ni ofrenda, ni oración, solamente a algunos de sus difuntos tributan alguna especie de culto supersticioso. La sepultura ordinaria de sus muertos es el mar en cuyos vórtices los arrojan muy lejos de tierra para banquete de los tiburones y de las ballenas, pero si muere alguna persona a la cual tengan sus deudos especial cariño le celebran las exequias con singular pompa y con extrañas demostraciones de sentimiento. Primariamente así que el moribundo expira le pintan todo el cuerpo de color amarillo y oloroso, se juntan sus deudos y amigos al rededor del cadáver a llorar la común pérdida; ya todos con disorde concordia de lastimeras voces se esfuerzan a expresar su íntimo dolor y atestiguarlo con algunas lágrimas, ya una mujer sola (estando todos en silencio) suelta la lengua a los dos oficios de hablar y gemir y celebra (como una vez testigo fui de vista) con elocuente arenga los timbres y blasones de la persona difunta, su hermosura, su nobleza, su agilidad en la danza, su felicidad en la pesca y semejantes prerrogativas, y los que más quieren aventajarse en las demostraciones de dolor traen para colgar al difunto sus mejores alhajas, y cortándose los cabellos y aun las barbas que estiman sobremaneira como insignia de principalía las arrojan sobre el cadáver, y todo aquel día guardan un riguroso ayuno compensándolo al anochecer con una cauta cena. Algunas veces los entierran dentro de sus casas en cajas de madera, otras veces los llevan a enterrar lejos de lo habitado y al rededor de la sepultura edifican en forma casi cuadrada una capilla o casita de piedra suelta sin mezcla de cal o barro y ahí le ponen al difunto abundante comida con la vana creencia de que el alma del muerto se chupa la substancia de los manjares para su alimento.

Creer que hay cielo e infierno, premio para los buenos y castigo para los malos. Las almas que van al cielo dicen que al cuarto día vuelven a la tierra donde se están paseando invisibles entre sus deudos. Entre ellos hay unos

como sacerdotes o sacerdotizas, que en opinión del vulgo tienen comunicación con los muertos y con autoridad pontificia, a unos declaran por santos a otros por condenados, a los que declaran por santos llaman los Elus melafirs, que significa como se dijo arriba espíritu benéfico, y con otro nombre Tahutup, que viene a ser casi lo mismo que santo patrón, y casi cada familia tiene el suyo. Con este nombre de Tahutup los suelen invocar en sus aprietos y necesidades los enfermos, los navegantes, los que salen a la pesca o a la labranza de la tierra pidiéndole a su santo abogado la salud, el buen viaje, abundante cosecha de pescado y de raíces, que son su alimento cotidiano y le presentan algunas dádivas que cuelgan de un palo en las cajas de los tamoles ya para empeñar a Tautup, a concederles la gracia que les piden, ya para agradecerle la que suponen haber recibido de su liberal mano.

Los moradores de la Isla Yap se señalan de más bárbaros en la veneración que tributan a los caimanes, en cuya monstruosa figura ejerce el demonio sus tiranías, y les cobra de miedo sacrílegos cultos, porque hay hechiceros que tienen inteligencia con aquella fiera y por medio de ella hacen enfermar o morir a quien se les antoja por sus particulares intereses, o por soborno de otras personas enemistadas.

Entre todos estos isleños pasa por lícita la poligamia y el tener mayor número de mujeres es señal de grandeza. Nueve dicen que tiene el Tamol grande de la Isla Huogoleu. El adulterio lo tienen por gran pecado, sin embargo queda absuelto el adúltero de su culpa si presenta al marido de su manceba alguna rica dádiva. Si algún marido lleva mayor puntillo repudia a la mujer que le violó la fe del tálamo, y no solamente el marido repudia a la mujer cuando no está gustoso con ella, sino también la mujer con la misma autoridad repudia al marido que no le cuadra. En este repudio guardan ciertas leyes en orden a la disposición de la dote. Cuando de dos hermanos el uno muere sin sucesión, la viu-

da del difunto se casa con el otro hermano como lo ordenaba Dios a los hebreos en el capítulo 25 del Deuteronomio, y cuando las mujeres tienen su mensturo guardan la separación de los varones por seis o siete días, según la ley del Levítico en el capítulo 15, saliendo a la pesca no llevan consigo en la embarcación ni comida ni bebida, pues creen que si hicieran lo contrario se les hincharían las piernas y sus verendas. Los tamoles por el mes de febrero se juntan en una casa por cuatro días y echan algunas suertes para saber si la navegación que se abrirá en la próxima primavera será feliz para los navegantes o peligrosa, y la misma suerte echan cuando han de salir a la pesca para pronosticar si será abundante o escasa. La suerte consiste en cierto número de ñudos que hacen los más peritos en 4 hojas de la palma del coco y de salirles la obra manual con perfección o con defectos predicen fortunas o desdichas.

#### Párrafo 4º

#### Costumbres Políticas.

En medio de su barbaridad y rudeza no les falta a estos isleños alguna política, que muestra ser gente en la categoría de indios algo más racional y capaz de formar una buena república. Su gobierno es un mixto de aristocrático y de monárquico, porque aunque está repartido entre muchas familias nobles cuyas cabezas se llaman Tamoles sin embargo en cada cordillera de islas hay un tamol de mayor veneración al cual están subordinados los demás de las otras familias. Estos tamoles crían barbas largas para conciliarse mayor respeto, mandan con grande imperio, gastan pocas palabras y mucha seriedad. Entre ellos no hay uso de sillas para sentarse, pero el tamol se sienta sobre una mesa elevada y los demás en el suelo. Llegando la gente ordinaria, así hombres como mujeres en vista del tamol, luego en señal de respeto inclinan hacia tierra todo el cuerpo y así andan corvos y encogidos con la cabeza sobre las ro-

dillas hasta llegar a la presencia del tamol, donde se sientan en tierra, sin aguardar que él lo diga, y al despedirse de la misma manera andan corbos hasta salir de su presencia y de su vista. Crían a los niños con una veneración casi supersticiosa a estos tamoles en los cuales de ordinario se juntan ambas potestades del principado y del sacerdocio en su presencia y en sus casas están todos con la reverencia que entre los cristianos se guarda en las iglesias y ante los sacerdotes creen a sus dichos como artículos de fe, les sirven con una ciega obediencia, y les besan las manos y los pies cuando les piden alguna gracia, y cuando van o vienen de camino. Las casas ordinarias no son más que una choza baja, cubierta de hojas de palma. Las de los tamoles son magníficas en su línea y compuestas de tablas con algún aseo de pinturas aunque bastas.

A los delinquentes no les dan pena de cárcel ni de azotes, sino los destierran a otra isla o los multan en alguna hacienda; en cada pueblo suele haber dos casas a modo de colegios, en el uno viven todos los mozos solteros y en el otro las solteras; buena instrucción si no la corrompiera la malicia en todas sus islas; no conocen letras ni caracteres ni otras artes liberales, que la astronomía, a la cual se aplican muchos por lo que sirve a la navegación; tienen para ello su maestro el cual con una esfera aratea en cuyo convexo están pintados los principales astros, da lecciones a sus discípulos enseñándoles cómo por los rumbos de aquellas estrellas se puede navegar a tales y tales tierras.

Las ocupaciones ordinarias de los varones son fabricar embarcaciones, pescar y cultivar sus raíces, de las mujeres cocinar la comida, tejer mantas de plátano silvestre, y de un árbol llamado Baliuauo, labrar petates y ayudar en las sementeras en cortar y labrar maderas, suplen la falta de los instrumentos de hierro con unas chapas y azuelas de piedra en algunas ocasiones de navíos extranjeros, que aportaron a sus islas, dejaron algunos hierros viejos, pero éstos se los apropiaron los tamoles, los cuales haciendo, co-

mo mejor pudieron de cualquier pedazo una azuela, y de cualquier clavo una barrena, tienen en estos hierros un fondo de renta considerable porque los alquilan a su gente con grandes usuras.

Tres veces al día suelen comunmente bañarse, al amanecer, a medio día y al ponerse el sol. Se acuestan a dormir con las primeras tinieblas de la noche, y se levantan con las primeras luces de la mañana. Para conciliar el sueño al tamol se ajuntan delante de su casa algunos mozos a cantar ciertas poesías en tono bajo, hasta dejarlo dormido o harto de la música, las noches de luna celebran sus danzas con gran concurso delante de la casa del tamol, donde se sientan los hombres separados de las mujeres; danzan y cantan los varones con buen garbo al compás de su mismo canto (pues no tienen instrumento alguno de música), la gracia del baile consiste en la exacta uniformidad de las acciones y movimientos de todos los danzantes puestos en hileras, los cuales al mismo tiempo juegan con buen metro la cabeza, los brazos, las manos y los pies, les añaden garbo las galas con que se adornan para la danza. Llevan en la cabeza plumajes o coronas de flores, se cuelgan de las narices hierbas aromáticas y de las orejas unos grandes sarcillos de hoja de palma, curiosamente tejida y otras varias labores atadas a los brazos, a las manos y a los tobillos. Las mujeres no danzan, pero tienen otra especie de festín propia de su sexo, siéntanse en dos hileras y mirándose las caras una hilera con otra comienzan un canto patético y menean los brazos y la cabeza con ademanes de cariñoso llanto, lo cual se llama en su lengua *Tanger i faifil*, que quiere decir el llanto de las mujeres. Al fin de las danzas el tamol, si es liberal saca por premio alguna concha o pedazo de manta, y suspendiéndola en alto con la mano la muestra a los danzantes, los cuales se arrojan a ella y el que la coge primero se la lleva. Fuera de la danza tienen otras muchas diversiones de juegos en los cuales hacen prueba de destreza de robustez, como son blandir la lanza, tirar piedras y

arrojar lejos la barra. Cada estación del año tiene su propio divertimento.

Es también muy divertida la pesca que hacen de las ballenas, aunque por ventura parecerá a algunos improbable el modo como lo refieren estos naturales de Uleé, que es el paraje más a propósito para tal pesca, pues nueve isletas condenadas en círculo forman un hermoso puerto, donde goza el mar de eterna calma. Cuando alguna ballena dentro de este seno se descubre en las cercanías de la tierra, salen aquellos isleños con muchas bancas y poniéndole cerco de la parte del mar la van espantando y echando hacia los bajos que coronan el mismo puerto hasta que hacen varar aquel bajel animado; entonces se arrojan al agua los más diestros, le daban alguna lanza y le enlazan con fuertes maromas cuyos cabos están afianzados en la playa, donde el gentío atraído de la curiosidad asiendo de ellos trae la presa a tierra, coronándose la fiesta con un festivo banquete.

Las enemistades particulares se componen de ordinario con alguna dádiva, y las públicas con la guerra. Sus armas son piedras y lanzas armadas en la punta con un hueso de pescado, y la guerra se hace en forma de duelo. Desafíanse por ejemplo a pedradas dos pueblos, concurren sus moradores en algún campo y se escuadronan en frentes unos a otros colocando en las primeras filas de una y otra parte los muchachos pequeños, en las segundas los más crecidos en edad y estatura, en las últimas los hombres que son más altos de cuerpo. Rompen la guerra dos muchachos uno de cada banda y se apedrean hasta quedar el uno herido o señalado, suceden luego otros dos y así todos entran en el duelo sucediendo a los muchachos los más adultos según el orden de las filas, acábase al fin la pelea con una incondita algazara de los victoriosos que hacen mofa de los vencidos.

Entre estos desgaritados que son de varias islas, los

de Uleé y de su comarca se muestran más políticos y racionales, hablan con desahogo sin faltar al respeto, son de genio alegre y de juicio discreto y sobremanera compasivos de los enfermos, de suerte que se puede esperar con fundamento que en sus islas se logrará fácilmente abundante cosecha de almas cuando el padre de familias fuere servido de enviar como le suplicamos los obreros a esta viña suya que está tan cercana y tan dispuesta a fructificar la semilla evangélica. Hay entre ellos muchos amestizados que se precian de blancos y algunos negros o mulatos que les sirven como de criados, estos negros vendrían probablemente de la nueva Guinea con la cual estas islas deben de tener trabazón por la banda del Sur en cuanto a los blancos dejando otras innumerables trazas con las cuales pudo la Divina Providencia traerlos a poblar estas islas, apuntaré sólo una conjetura fundada en la historia de las Islas Filipinas, escrita por el padre Francisco Colín de nuestra Compañía donde se refiere en el libro 1, capítulo 2º, número 185 un raro suceso del primer navío que pasó con socorro de la Nueva España a dichas Islas Filipinas el año de 1566, y dejó en una isla de los barbados al Leste de las Marianas, aunque no dice cuál, ni en qué grado fuese, unos 28 hombres levantados, los cuales se habían conjurado con el piloto mayor, Martín Lope de alzarse con aquel navío del Rey y andar pirateando por la costa de la China, y por justo juicio de Dios quedaron desamparados en aquella isla donde ellos mismos habían trazado de dejar a los fieles vasallos de su Majestad. Estos rebeldes que serían todos o los más gente blanca es muy probable que comunicasen con las mujeres de aquellas islas y procreasen mestizos.

El bastimento común de esos isleños son fruto de árboles, raíces y pescado, como en las Islas Marianas, tienen gallinas y otras aves, pero ningún animal cuadrúpedo como tampoco arroz, trigo, maíz ni cebada. Hay buenas maderas a propósito para embarcaciones, grandes y pequeñas.

Mientras escribo esta relación, llégame hoy de la fecha la nueva para mí de gran consuelo de ser yo destinado de la Santa Obediencia para pasar a reconocer esas tierras con una falúa y cuatro bancas que para ese fin está resuelto de despachar el señor gobernador después de la fiesta de la eminente pascua. Quiera su Divina Majestad no mirar a mis grandes culpas para que éstas no me impidan el lograr la venturosa suerte de enarbolar en esas tierras gentiles el estandarte de Nuestra Santa Fe y de alumbrarlas con la luz del Santo Evangelio. Lo que hubiere en adelante de novedad lo participaré a Vuestra Reverencia en otra carta aparte si me diere vida la Divina Majestad la cual guarde a Vuestra Reverencia muchos años en cuyos santos sacramentos mucho me encomiendo. Agadña y marzo 24 de 1722.